

mos, porque aunque se aprecian de saber del bien y del mal, son soberbios que arrojan sus impías doctrinas contra Dios, su Criador. (S. Ireneo, sent. 5, Tric. T. 1, p. 86 y 87.)”

“Si toma el alimento y la santa bebida de la Eucaristía, como que viene del Sacramento de la Cruz, pues aquel misterioso madero fue figura suya, el que hizo dulces las aguas, del mar, llenará tu alma de verdadera suavidad. (S. Cipriano, lib. de la Oración, sent. 35, Tric. T. 1, p. 305.)”

“Supuesto que Jesucristo asegura, hablando del pan, que aquello es su cuerpo, ¿quién se atreverá a poner en duda esta verdad? y pues que dijo después, esta es mi sangre, ¿quién puede dudar o decir que no lo es? En otro tiempo había convertido el agua en vino en Caná de Galilea con sola su voluntad, ¿y no le tendremos por digno de ser creído sobre su palabra, cuando convirtió el vino en su sangre? Si convidado a las bodas humanas y terrenas hizo en ellas un milagro tan pasmoso, ¿no debemos reconocer que aquí dio a los hijos del Esposo a comer su cuerpo y beber su sangre? para que le recibamos como que es ciertamente su cuerpo y su sangre, porque bajo del pan nos da su cuerpo, y bajo del vino su sangre, para que tomando su cuerpo y sangre, nos hagamos un mismo cuerpo y sangre con El y seamos Cristíferos, esto es, hombres que llevamos a Jesucristo, en habiendo recibido en nuestro cuerpo su cuerpo y sangre, y según la expresión de San Pedro, vengamos a ser participantes de la naturaleza divina. (S. Cirilo de Jerusalén, Cath. Mystag., 4, sent. 7, Tric. T. 2, p. 337.)”

“No consideréis ya estas cosas como que son pan y vino comunes, supuesto que son el cuerpo y sangre de Jesucristo, como El mismo dijo, porque aunque los sentidos os digan que no lo es, la fe os debe persuadir y confirmar en que lo es. No juzguéis por el gusto, sino por la fe, la que nos debe hacer creer con toda certidumbre, y sin que os quede duda en contrario, que os ha dado el cuerpo y sangre de Jesucristo. (S. Cirilo de Jerusalén, *ibid.*, sent. 8, Tric. T. 2, p. 337.)”

“¿Cuál es la obligación propia y particular de los que comen el pan y reciben la bebida de Dios? Es la de conservar continuamente la memoria del que murió y resucitó por ellos. ¿A qué más les obliga esta memoria? a no vivir ya para sí, sino por el que murió y resucitó por ellos. (S. Basilio, Reg. 80, sent. 58, Tric. T. 3, p. 199 y 200.)”

“El que es eterno, se nos da a todos para que le comamos con el fin de que recibéndole en nosotros mismos, lleguemos a ser lo que El es, porque dice: Mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera

bebida. Cualquiera, pues, que ama esta divina carne, no ama la suya; y cualquiera que tiene amor a esta divina sangre, está purificado de todos los sentimientos que la sangre carnal puede causarle. Porque la carne del Verbo, y la sangre de esta carne son suaves para los que las gustan, y deseables para los que las pretenden. (S. Gregorio de Nisa, in Eccles. II. 8, sent. 4, Tric. T. 4, p. 113.)”

“Así como un poco de levadura, según la doctrina del Apóstol, hace fermentar toda la masa, así también el divino cuerpo de Jesucristo, que padeció la muerte, y es el principio de nuestra vida, entra en nuestro cuerpo, nos le muda y transforma todo en sí. Porque al modo que un veneno que se ha derramado por los miembros sanos, los corrompe en poco tiempo, así por contraria razón, cuando el cuerpo inmortal de Jesucristo se ha llegado a mezclar con el del hombre, que en otro tiempo había comido el fruto envenenado, le transforma todo entero en su divina naturaleza. (S. Greg. de Nisa, c. 37, sent. 29, Tric. T. 4, p. 118 y 119.)”

“Sírvanos de ley el hecho de Joseph de Arimatea, para que cuando recibamos aquella prenda del sacrosanto cuerpo, no le envolvamos en lienzo de una conciencia sucia, ni le depositemos en el monumento del corazón, cuando está lleno de huesos de muertos y de todo género de inmundicias. Cada uno se prueba y examine, como dice el Apóstol: No le sirva de juicio de condenación si la recibe indignamente. (S. Greg. de Nisa, in Christ. Resurr., sent. 19, adic., Tric. T. 4, p. 364 y 365.)”

“Con carne y con maná que nos figuran el precioso cuerpo de Jesucristo, se alimentó el pueblo de Israel: Jesucristo es para nosotros verdadera comida y verdadero maná, no ya en figura, sino en verdad; por su verdadera humanidad es realmente carne, y un pan que vive por su divinidad; de suerte, que cuando comemos el cuerpo de Jesucristo, participamos de su divinidad y de su humanidad. (S. Ambrosio, sent. 26, Tric. T. 4, p. 318.)”

“Acercaos al alimento del cuerpo del Señor a aquella bebida que de tal suerte embriaga a los fieles, que los llena de contento con la remisión de sus culpas, y los libra de los cuidados del mundo, del miedo de la muerte y de las inquietudes de esta vida. Esta santa embriaguez no hace titubear al cuerpo, antes bien, le confirma, no turba el espíritu, sino que le consagra y santifica. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 65, Tric. T. 4, p. 326.)”

“Jesucristo es mi comida, Jesucristo es mi bebida. La carne de un Dios es mi comida, la sangre de un Dios es mi bebida. En otro tiempo

bajó del cielo el pan que llamó el Profeta pan de Angeles: mas aquel no era el verdadero pan, sólo era sombra del que había de venir. El Pan Eterno me tenía reservado este verdadero pan que viene del cielo, y este es el pan de vida. Aquel, pues, que come la vida, no podrá morir, porque ¿cómo había de morir el que tiene por alimento la misma vida? (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 69, Tric. T. 4, p. 326.)”

“Puede ser que me digáis que el pan que recibís del altar, es pan común y ordinario. No hay duda que antes de ser consagrado era pan común; pero al punto que se dijeron las palabras de la consagración, se convirtió ese mismo pan en la carne de Jesucristo. Si me preguntan: ¿Qué palabras son las que sirven en esta consagración? Digo que nos valemos de las palabras propias de Jesucristo. (S. Ambrosio, lib. 4, de Sacram. c. 4, sent. 107, Tric. T. 4, p. 335.)”

“Antes de consagrar, no es más que pan; pero pronunciadas las palabras de Jesucristo, es el cuerpo de Jesucristo. Oid lo que el mismo dice: Tomadle y comedle todos, porque este es mi cuerpo. Antes de las palabras de Jesucristo sólo hay en el cáliz vino y agua mezclados; pero después de lo que han obrado las palabras de Jesucristo, se convierte en su sangre, la cual redimió su pueblo. (S. Ambrosio, *ibid.*, c. 5, sent. 108, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Si el pan de la Eucaristía es el pan cotidiano, ¿por qué le recibís una vez al año solamente? Recíbidle todos los días para conseguir todos los días el fruto. Vivid de modo que merezcáis comulgar todos los días, a la verdad, el que no es digno de recibirle todos los días, tampoco merece recibirle una vez al año. Sabéis que el Santo Job ofrecía sacrificio por sus hijos, receloso de que hubiesen pecado en pensamiento o en palabras: ¿cómo, pues, sabiendo vosotros que siempre que se ofrece el sacrificio se hace memoria de la muerte, resurrección y ascensión de Jesucristo, y de la remisión de los pecados? ¿Cómo, vuelvo a decir, lo que esto sabéis, no recibís todos los días este pan de vida? El que se siente herido, busca el remedio para sanar. Todos estamos heridos, pues hemos pecado. Ahora bien, este venerable y celestial sacramento es el remedio de todas nuestras heridas. (S. Ambrosio, lib. 5, c. 4, sent. 109, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Llegad a él y saciaos, porque es divino pan: llegad y bebed, pues es fuente: llegad a El para ilustraros, pues es luz: llegad y libraos, porque en donde está el espíritu del Señor, está la libertad; llegad y quedad absueltos, pues es perdón de los pecados. (S. Ambrosio, in Psalm 118, sent. 36, *adic.*, Tric. T. 4, p. 404.)”

“Pruébese cada uno, y lléguese después al cuerpo de Jesucristo. No es decir que un día o dos que difiera la comunión, haga al cristiano más santo, ni que yo merezca mañana o después de mañana lo que hoy no he merecido; sino que el dolor que debo sentir de no haberme hallado en estado de comulgar, me obligue a separarme por algunos días del consorcio, de mi propia mujer, prefiriendo al amor que la tengo, el que debo a Jesucristo. (S. Jerónimo. Epist. 48, ad Pammach., sent. 40, Tric. T. 5, p. 245.)”

“Debemos saber que el pan que partió el Salvador y le dio a sus discípulos, era su propio cuerpo, según lo que el mismo Señor dijo: Tomad y comed, este es mi cuerpo. Moisés, pues, no fue el que nos dio el verdadero pan, sino nuestro Señor Jesucristo: éste es el que está sentado en el convite y el mismo es nuestro convite: El es el que come y el que es comida. (S. Jerón., Quaes, 2, ad Hedib., ep. 120, sent. 59, Tric. T. 5, p. 248.)”

“Como la carne de nuestro Señor es un verdadero alimento, y su sangre una verdadera bebida, el único bien que nos resta en este mundo, es comer su carne y beber su sangre, no solamente en los santos misterios, sino también en la lección de las Escrituras, porque las luces que en estas hallamos, son el sustento y la bebida que sacamos de la palabra de Dios. (S. Jerón., in Ecclesiast., c. 3, sent. 82, Tric. T. 5, p. 253.)”

“Vosotros ofrecéis sobre mi altar un pan profanado y manchado. Sin duda profanamos y manchamos el pan, esto es, el cuerpo de Jesucristo cuando nos acercamos al altar en un estado indigno de participarle: cuando estando impuros bebemos aquella sangre pura; y no obstante decimos: ¿Es que es despreciada y deshonrada la mesa del Señor? No porque haya quien se atreva a decirlo, ni a proferir con deliciente voz la impiedad que tiene su alma, pero las malas obras de los pecadores son las que efectivamente deshonran la mesa de Dios. (S. Jerón., in Malach., c. 1, sent. 88, Tric. T. 5, p. 251.)”

“Así como aquel que no se siente reo de iniquidad alguna, debe comulgar todos los días; por el contrario, el que ha pecado y no ha hecho penitencia no lo puede hacer con seguridad ni en los de fiesta. (S. Juan Crisóst., Homil. 31, sent. 26, Tric. T. 6, p. 305.)”

“Vamos como la Hemorroisa a tocar la orla de la vestidura de Jesucristo, o por mejor decir, vamos a poseerle todo entero: pues tenemos ahora su cuerpo en nuestras manos. Ya no es sólo su vestido el que permite tocar, sino que nos presenta su mismo cuerpo para que

lleguemos a comerle. Acerquémonos, pues, con ardiente fe, los que estamos enfermos. Si los que entonces tocaron solamente la orla de sus vestidos sintieron tan grande efecto, ¿qué no podrán esperar los que aquí le reciben todo entero? (S. Juan Crisóst., Homil. 51, sent. 62, Tric. T. 6, p. 311.)”

“Cuántos hay que dicen: Yo quisiera ver a nuestro Señor Jesucristo con aquel mismo cuerpo con que conversaba con los hombres; mucho me alegraría de ver su rostro y su traje. Yo os digo, que al mismo Señor véis, tocáis, y aun coméis. Deseáis ver sus vestidos, y véis aquí que os permite tocarle y recibirle en vuestro pecho. (S. Juan Crisóst., Homil. 83, sent. 70, Tric. T. 6, p. 312 y 313.)”

“¿Quién debe estar más puro que aquel que participa de semejante sacrificio, que aquella mano que distribuye esta divina carne, que aquella boca que está llena de este fuego espiritual y aquella lengua que rojea con esta preciosa sangre? Imaginad bien la honra que recibís y a que mesa os sentáis. Aquel mismo a quien los ángeles miran con temblor, es el que ahora nos sirve de alimento, se une con nosotros, y somos con él un mismo cuerpo y una misma sangre. (S. Juan Crisóstomo, *ibid.*, sent. 71, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“¿Qué pastor ha dado jamás su sangre para alimentar sus ovejas? Vemos muchas madres que habiendo parido sus hijos, los dan a criar a otras mujeres, pero no procede Jesucristo, así con nosotros: El mismo nos alimenta con su carne, nos junta y une consigo estrechamente. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 72, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“No nos quedemos insensibles a tan grande honra, y a un amor tan religioso. Reparad con que ímpetu se arrojan los niños al seno de sus madres, y con qué ansia chupan los pechos. Imitémosles acercándonos con las mismas ansias a esta divina mesa, bebiendo, por decirlo así, la leche espiritual de aquellos sagrados pechos: pero vamos corriendo con mayor ardor para atraer a nuestros corazones, como hijos de Dios, la gracia del Espíritu Santo: sea nuestro mayor dolor el vernos privados de este alimento celestial. (S. Juan Crisóst. Homil., 87, sent. 73, Tric. T. 6, p. 313.)”

“Si vosotros no os atrevéis a arrojar del sagrado altar los indignos, decídmelo a mi, que yo no permitiré que se lleguen a él: porque primero perderé la vida, que dar el cuerpo del Señor al indigno; y primero permitiré que derramen mi sangre, que presentar tan santo y venerable cuerpo al que no se halla en estado de recibirle. Si vosotros ignoráis que los que se acercan son indignos, entonces no es falta

vuestra, si antes habéis puesto el mayor cuidado en conseguir este discernimiento; porque no hablo ahora de aquellas personas que públicamente son conocidas por viciosas. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 74, *Tric. ibid.*, *ibid.*)”

“Muchos una vez al año se acercan al Santo Sacramento: otros llegan más a menudo. ¿A quiénes estimaremos más? a los que comulgan a menudo, o a los que comulgan una vez? Solamente debemos estimar a los que comulgan con conciencia pura y sincera, con un corazón limpio y con una vida irreprochable; los que se hallan en esta disposición, lleguen todos los días; los que no, ni una vez se acerquen: porque no hacen otra cosa que irritar contra sí el juicio de Dios y hacerse dignos de la más rigurosa condenación. (S. Juan Crisóstomo. Homil. 17, ad Hebr., sent. 147, *Tric. T. 6*, p. 327.)”

“¿Pensáis que comulgando una vez al año serán suficiente 40 días de penitencia para purificaros de los pecados que habéis cometido en tanto tiempo? No pasarán 8 días sin que volváis a los desórdenes de la vida anterior. ¡Por haber empleado así en penitencia 40 días, y acaso menos, esperáis que Dios os mirará con misericordia! Yo digo que eso es burlarse de Dios. No quiero por esto impedirlos el comulgar una vez al año; por el contrario, quisiera yo que continuamente pudiérais llegar a los sagrados misterios; pero estos están destinados para los Santos, y esto es lo que dice en alta voz el Diácono cuando llama a los Santos a esta santa mesa. (S. Juan Crisóst., Homil. *ibid.*, sent. 148, *Tric. ibid.*, *ibid.*)”

“Cuando el Diácono pronuncia públicamente estas palabras: Las cosas son para los Santos, es lo mismo que si dijera: Si alguno no es Santo, no se acerque a esta mesa. Al hombre no le hace Santo la simple remisión de sus pecados, sino la presencia del Espíritu Santo en su alma, y la abundancia de las buenas obras; como si dijera: no quiero que estéis retirados del polvo y de la basura, sino que se vea resplandecer en vosotros una blancura y una hermosura particular. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 149, *Tric. ibid. ibid.*)”

“No merezcamos la indignación de Dios llegando con mala disposición a la divina mesa. En esta debemos hallar el soberano remedio de todos nuestros males; debemos hallar un tesoro inagotable para comprar el reino celestial. Acerquémonos, pues, con respetuoso temblor, dando gracias a Jesucristo, postrándonos en su presencia con grande veneración, confesándole con humildad nuestros pecados, llorando amargamente nuestras ofensas, dirigiéndole oraciones largas y

fervorosas. Purifiquémonos, llegando con el silencio y el respeto que le debemos, como a Rey de la gloria. (S. Juan Crisóst., Serm. de die Nativit. Christ., n. 7, sent. 216.)”

“Cuando oímos la palabra de Dios, cuando nos ocupamos en la oración, y nos acercamos a la divina mesa, o practicamos alguna obra de piedad, hagámoslo todo con circunspección y reverencia, para no merecer por nuestra pereza o inconsideración aquella maldición de un Profeta: Maldito es el que hace con negligencia la obra del Señor. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 217, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Cuando os acercáis a la santa comunión no penséis que recibís aquel divino cuerpo de manos de un hombre: representaos vivamente que estáis recibiendo aquel carbón encendido que vio Isaías, y que un Angel no se atrevió a tocar con sus manos. Representaos también la sangre saludable del sagrado cáliz, como si estuviera corriendo de la llaga de aquel puro y divino costado de Jesucristo, y acercándoos con este pensamiento, recibidla con labios puros. Yo os suplico, pues, y conjuro a que lleguéis con temblor y respeto, con los ojos bajos, el alma levantada al cielo, llorando en silencio y con alegría en lo íntimo del corazón, semejantes a aquellos que estando en presencia del Rey de la tierra, sujetos a la corrupción y al tiempo, están como si no tuvieran voz ni movimiento con el exceso de respeto que los tiene sobrecogidos. (S. Juan Crisóst., Serm. de Peniten., sent. 218, Tric. *ibid.*, p. 343 y 344.)”

“El que come y bebe indignamente este pan y este vino, será reo del cuerpo y sangre del Señor: es decir, que los que participan indignamente de los sagrados misterios, serán castigados como los que crucificaron a Jesucristo. Los judíos le rasgaron su santísima carne clavándole en la cruz; mas vosotros, viviendo en pecado, le mancháis con una lengua y un alma impura: por este motivo, como dice el Apóstol: Caen muchos de vosotros en diversas enfermedades, y mueren muchos. (S. Juan Crisóst., Serm. 6 de Martyrib., n. 3, sent. 234, Tric. T. 6, p. 349.)”

“¿No es la comunión de la sangre de Jesucristo el cáliz de bendición que bendecimos? Estas palabras del Apóstol deben imprimir en nosotros tanto terror como fe, pues no enseñan que lo que está en el cáliz es la misma sangre que salió del costado de Jesucristo de la cruz, y nosotros participamos de ella. Llama el Apóstol *cáliz de bendición*, porque teniéndole en las manos, elevadas con la admiración, le honramos con himnos y cánticos, pasmados, y extáticos de recibir tan gran-

de don. Le damos infinitas gracias, no sólo porque derramó por nosotros su divina sangre en la pasión, sino también porque se dignó de darla en este santo Sacramento. (San Juan Crisóst., Homl. 24, sent. 306, Tric. T. 6, p. 364.)”

“Debe notarse, que cuando el Apóstol habla de los judíos, no dice que participan de Dios, sino del altar, porque lo que antiguamente se ofrecía en el altar, debía consumirse con el fuego. No sucede esto con el cuerpo de Jesucristo. Y ¿en qué consiste esta diferencia? En que hay comunicación de este cuerpo santísimo con los hombres fieles, y así no participamos sólo del altar, sino del mismo cuerpo de Jesucristo. (S. Juan Crisóstomo, *ibid.*, sent. 307, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Si es verdad, que no hay hombre tan atrevido que se atreve a tocar la púrpura de un rey, ¿cómo hemos de ser nosotros tan temerarios que recibamos con indignidad el cuerpo del mismo Dios, que es infinitamente superior a los mayores reyes de la tierra, y a todas las cosas creadas, este cuerpo que es tan puro, y en el que no puede haber mancha: que está unido y habita la divinidad, por la cual recibimos el ser y la vida, y a Jesucristo que rompió las puertas del infierno, y nos abrió las bóvedas del cielo? No seamos por nuestra imprudencia, homicidas de nosotros mismos: acerquémonos a aquel divino cuerpo con mucho temor y pureza; consideradle cuando os lo presentan y decid: ¿Es este el cuerpo que hace que yo sea más que tierra y ceniza y que ya no esté cautivo, sino libre? ¿Es este cuerpo el que me da la esperanza de entrar algún día en el cielo y gozar de todos los bienes que hay en él, de conseguir una vida eterna, de verme sublimado al estado de los ángeles, y de ser admitido a la compañía de Jesucristo? (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 308, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Si salimos de este mundo con la digna participación de este Sacramento, entraremos con grande confianza en el santuario del cielo, como que vamos revestido de armas de oro que nos hacen invulnerables a nuestros enemigos. Mas, ¿para qué hablo de las cosas que están por venir, cuando en esta vida nos hace este misterio un cielo de la tierra? Abrid las puertas del cielo, o por mejor decir, el cielo de los cielos, y veréis aquí abajo lo más precioso y venerable que se adora allá en la gloria; porque así como en los palacios de los reyes de la tierra no son las paredes ni los artesonados de oro lo más magnífico, sino la persona del rey sentado sobre su trono, así lo mejor del cielo se os permite ver en la tierra, porque yo os estoy mostrando, no a los Angeles, ni a los Arcángeles, ni a los cielos de los cielos, sino al

mismo Señor y rey de los Angeles. Arcángeles y cielos. Considerad que véis sobre la tierra lo más excelente y adorable que hay en el cielo, y que no solamente le véis, sino que le tocáis, le coméis y le lleváis a vuestra casa. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 309, *Tric. ibid.*, p. 366.)”

“¿Cuánto más digno de castigo os parece que será el que hubiese pisado al Hijo de Dios, que hubiese tenido por cosa inútil y profana la sangre de la alianza, y hubiese ultrajado el Espíritu de la gracia? ¿Qué querrá, decía el Apóstol, con estas palabras? ¿Y cómo puede ser pisado el Hijo de Dios? Cuando el que ha participado de estos santos misterios, comete un pecado, entonces es verdad, que trató a Jesucristo con desprecio y con ultraje, porque así como damos a entender que no estimamos en nada las cosas que pisamos, así es preciso que los que pecan, en nada estimen a Jesucristo, recibido en la comunión. Vosotros fuisteis hecho cuerpo de Jesucristo y después os ponéis en estado de que el demonio os pise (s. Juan Crisóst. *Homl.* 20, ad. *Hebr.*, sent. 383, *Tric.* T. 6, p. 383.)”

“El que come, dice Jesucristo, tendrá la vida en mi. Nosotros realmente le comemos, pero no por esto debe decirse que consumimos la divinidad: ¡vaya lejos de nosotros semejante impiedad! Comemos la carne del Verbo que se ha hecho vivifica, porque es propia de aquel que vive por el Padre... Como cuerpo, pues, de este mismo Verbo, que se le apropió con una verdadera unión, la cual excede la inteligencia y todo cuanto se pudiera decir, da la vida. De este modo nosotros que participamos de su sagrado cuerpo y de su divina sangre, somos enteramente vivificados, pues el Verbo permanece en nosotros, no solamente de un modo divino por el Espíritu Santo, sino también de un modo humano por medio de su santa carne y de su sangre preciosa. (S. Cirilo Alejand., *Comment.* in *Joan.*, lib. 4, adv. *Nest.*, p. 110, T. 6, sent. 8, *Tric.* T. 8, p. 99.)”

“Así como aquel que junta una masa de cera con otra, ya no ve sino sola una, así me parece que el que recibe el cuerpo de nuestro Salvador y bebe su preciosa sangre, se hace uno con El, como el mismo Señor lo dijo; porque en cierto modo queda mezclado en El y con El por esta participación; de suerte que Jesucristo se halla en él, y él en Jesucristo. (S. Cirilo Alejand., *ibid.*, p. 364 y 365, sent. 10, *Tric.* T. 8, p. 99.)”

“Pruébese el hombre a sí mismo. Sed vuestros propios jueces;

examinad cuidadosamente cuál es vuestra vida: escudriñad vuestra conciencia, y después id a recibir aquel precioso don, esto es, el cuerpo del Salvador: porque el que le come y bebe indignamente, bebe y come su juicio. No solamente no conseguiréis la salud, sino que castigará Dios vuestra insolencia y la injuria que había hecho a Jesucristo. (Teodoreto, Ep. 1, Cor. c. 11, sent. 9, Tric. T. 8, p. 263.)”

“La participación del cuerpo y sangre de Jesucristo, nos transforma en lo mismo que recibimos: si estamos muertos y sepultados en Jesucristo, también resucitaremos con El. Es necesario, que siempre le llevemos en nuestro cuerpo y en nuestra alma; porque dice el Apóstol: Vosotros estáis muertos, y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo. Cuando venga Jesucristo que es vuestra vida, también vosotros apareceréis con El en la gloria. (S. León, Papa, Serm. 63, sent. 51, Tric. T. 8, p. 394.)”

“Lleguemos al sacramento de la Eucaristía con un ardiente deseo: recibamos en ella el divino fuego que ha de consumir nuestros pecados, iluminar nuestros entendimientos, inflamar nuestros corazones y hacernos como otros tantos Dioses. (S. Juan Damas. de tude orthodox., lib. 4, sent. 2, Tric. T. 9, p. 201 y 202.)”

“El pan y el vino después de la consagración no son la figura del cuerpo y sangre de Jesucristo, ni Dios permite que se diga, pues son el mismo cuerpo de Jesucristo unido a la Divinidad. A la verdad, no dijo el Señor, esto es la figura de mi cuerpo, sino este es mi cuerpo, etc. (S. Juan Damas., *ibid.*, sent. 3, Tric. *ibid.*, p. 292.)”

F

Fe.— La fe es el principio de la verdadera vida. Ambas virtudes juntas proceden de Dios, las demás conducen para la perfección. (S. Ignacio, carta a los de Efeso, n. 14, sent. 1, Tric. T. 1, p. 31.)”

“Nosotros no probamos la verdad de la fe por el mérito de los que la profesan; antes bien, probamos el mérito de las personas por la fe que siguen: así ningunos son más sabios, fieles y grandes como los cristianos, mas sólo son verdaderos fieles los que perseveran hasta el fin. (Tertuliano, lib. de las prescrip. cont. Hereg., c. 3, sent. 23, Tric. T. 1, p. 202.)”

“Aquella mujer de quien nos dice el Evangelio que tocó la extremidad de la ropa de Jesucristo, no había puesto su esperanza simplemente en aquella ropa, sino en el invisible poder del que estaba revestido con ella. Es preciso juzgar del mismo modo de los que se acercan al santo altar, le abrazan y saludan con un profundo respeto; pues no esperan en las piedras ni en los leños, sino solamente en la gracia que estas mismas piedras y leños les representan. (S. Anastasio, adv. eos, qui human. in Christ., sent. 9, Tric. T. 2, p. 172.)”

“La fe tiene por objeto verdades simples y puras, y Dios no nos llama a la vida bienaventurada con cuestiones difíciles, ni se sirve de artificios de elocuencia para atraernos, sino que ha reducido el camino de la eternidad a unos conocimientos breves, claros y fáciles de concebir. (S. Hilario, lib. 10, sent. 5, Tric. T. 2, p. 247 y 259.)”

“San Pablo dice que es pecado lo que no viene de la fe: así podemos nosotros afirmar, que las palabras obras y pensamientos, que no miran a Jesucristo, se deben contar con lo que es contrario a Jesucristo. ¿Qué deberá hacer, pues, el que tiene el gran nombre de Cristo, sino explicar, lo que ha pensado, lo que ha dicho y lo que ha hecho, y juzgar si todas estas cosas han mirado a Cristo, o son ajenas al Señor? (S. Gregorio de Nisa, de perfect. Christ., sent. 13, adic., Tric. T. 4, p. 362.)”

“El que desea las honras humanas en lugar de las del cielo, no es fiel, porque como dice el Señor: ¿Cómo podéis creer los que pretendéis la humana gloria unos de otros, y no buscáis la honra que sólo Dios puede dar? (S. Gregorio, *ibid.*, sent. 15, adic., Tric. T. 4, p. 363.)”

“Yo soy el Alfa y Homega, el principio y el fin: en estas palabras se nos advierte que nuestra alma debe estar siempre unida a Jesucristo, y que todo debe empezar por El y acabar en El; porque así como nuestra salud eterna empieza creyendo en El, e imitándole, así es necesario perseverar hasta el fin de esta imitación y en esta fe. (S. Ambrosio, de Abrah., lib. 2, c. 5, sent. 14, Tric. T. 4, p. 315 y 316.)”

“¡Oh hombre! Es una cosa muy superior a tu capacidad conocer la profundidad de la sabiduría divina: para ti debe ser suficiente el creer. (S. Ambrosio, in Psalm. 1, sent. 36, Tric. T. 4, p. 320.)”

“Creyó Abraham a Dios, y esto se le contó por justicia, porque no buscó la razón, sino que creyó con la fe más obediente: lo que importa es que la fe preceda a la razón, no parezca que para creer a Dios le pedimos la razón como si fuera algún hombre; porque sería indignidad dar fe al testimonio de un hombre en lo que nos dice de otro, y no creer a los oráculos de un Dios, cuando habla de sí mismo (S. Ambrosio, de Abrah., c. 15, sent. 7, adic., Tric. T. 4, p. 395.)”

“No solamente debemos considerar como martirio la sangre que se derrama por la confesión de la fe: también deberán contarse por un martirio continuado los incesantes servicios que hace a Dios el alma pura sacrificada al Señor. (S. Jerón., Ep. ad. Eutoch., c. 108, sent. 25, Tric. T. 5, p. 243.)”

“Con dificultad se sujetan a la fe los grandes, los nobles, los niños y aún con mayor dificultad los sabios y los oradores. (S. Jerón., in Joan., c. 3, sent. 87, Tric. T. 5, p. 254.)”

“Abraham creyó y esperó contra toda esperanza: esto es, contra toda esperanza humana, puso en Dios su esperanza, y esta todo lo puede y todo lo vence. (S. Juan Crisóst., lib. 4, in eos qui scandl., susnt., sent. 235, Tric. T. 6, p. 348.)”

“No demos fe a los presagios vanos, porque todos son falsedad. Y si sucede ¿me diréis lo que dicen? Sucederá, sin duda, para castigo de vuestra credulidad. Os habéis dejado prender en las redes del espíritu maligno, pero el Señor es dueño de vuestra vida y el árbitro de vuestra suerte. (S. Juan Crisóst., Homl. 8, c. 3, ad Timoth., sent. 374, Tric. T. 6, p. 381.)”

“Si deseamos tener bien radicada la fe, es necesario que sea puro nuestro modo de vivir: este mantiene el espíritu que da toda la fuerza a la fe. A la verdad, es imposible que no vaciles en la fe si tu vida es impura. No hay duda que los que hablan de la fatalidad, burlándose, y no creen a las saludables palabras acerca de la resurrección, se precipitan en este abismo de incredulidad por su mala conducta y depravadas costumbres. (S. Juan Crisóst., in terremot. Serm. 6, sent. 16, adic., Tric. T. 6, p. 456.)”

“La intención es la que hace buenas las obras, y la fe es la que dirige y arregla la intención. (S. Agustín, Salm 7, sent. 20, Tric. T. 7, p. 456.)”

“Caminando por la fe, poniendo en Dios vuestra alegría, practicando las buenas obras, y procurando purificaros continuamente de las faltas leves con el ayuno, oración y limosnas, y diciendo todos los días con sinceridad de corazón: perdónanos nuestras deudas, caminad con seguridad, por el camino recto, avanzad con alegría y no temáis la venida de vuestro Juez. (S. Agustín, Salín, 66, sent. 105, Tric. T. 7, p. 464.)”

“El objeto de la fe cristiana, es la resurrección de Jesucristo. (S. Agust., Psalm. 116, sent. 158, Tric. T. 7, p. 408.)”

“Cuando admitimos la fe, no por esto excluimos del todo la razón; por el contrario, procuramos con ella adquirir algún conocimiento, aunque oscuro, de los misterios; pero con justo motivo preferimos la fe a la razón, porque la fe es la que precede, y la razón no hace más que seguirla, según este lugar de la Escritura: Si no creéis, no conoceréis. A la verdad, si no sentáis los fundamentos de la fe excluyendo toda duda, jamás podéis levantar el edificio fundado sobre el conocimiento de Jesucristo, y por consiguiente, ni llegar a ser hombre espiritual. (S. Cirilo Alejandrino, Comment. in Joan, cap. 20, sent. 2. Tric. T. 8, p. 79.)”

“Un Dios, una fe, un bautismo. Un Dios y padre de todos, el cual es sobre todos, cuya providencia a todos se extiende y está en todos nosotros. Permaneced inseparables, de esta unidad, amados míos: seguid en ella toda santidad, obedeced en ella a los preceptos del Señor, pues sin fe es imposible agradar a Dios. Sin la fe nada es santo, casto ni vivo, porque el justo vive de la fe. El que la perdiere, engañado del demonio, aun viviendo, ya está muerto. (S. León Papa. Serm. 24, cap. 6, sent. 17, Tric. T. 8, p. 384.)”

“Hermanos, la paz de nuestro corazón está expuesta a grandes

peligros: no debemos tenernos por seguros con la libertad de la fe: nadie se glorie de esta libertad, si es esclavo de los vicios: el corazón del hombre se conoce en la calidad de sus obras: las acciones son caracteres en que se leen las disposiciones del alma. Hay algunos, dice el Apóstol, que hacen profesión de conocer a Dios, y le niegan con los hechos. Sin duda se niega a Dios cuando no está en la conciencia el bien que suena en las palabras. (S. León, Papa. Serm. 36, c. 4, sent. 27, Tric. T. 8, p. 387 y 388.)”

“Amados míos, la virtud y sabiduría de la fe cristiana, son el amor de Dios y el del prójimo: a ninguna obligación de piedad falta el que procura dar culto a Dios y ayudar a su hermano. (S. León, Papa, Serm. 45, sent. 40, Tric. T. 8, p. 392.)”

“El bienaventurado Apóstol San Pedro, cuya fe era muy fervorosa, y se sentía con valor para acompañar a su Maestro en los trabajos y el suplicio hasta morir con El, se ablandó, y aun se asustó con la voz de una criada que le acusó de que era discípulo de Jesucristo, y negó a su Maestro por flaqueza. Permitió Dios esta caída, como es muy verosímil, con el fin de que la cabeza de la Iglesia fuese un modelo de penitencia, y para que ninguno en adelante, confiase en su propia virtud, al ver que tan grande Apóstol manifestó poca constancia. (S. León, Papa, Serm. 58, sent. 48, Tric. T. 8, p. 391.)”

“No se ha de profundizar mucho con el humano discurso en las cosas dignas de admiración que la fe nos obliga a creer; pues si nuestra razón pudiera comprenderlas, ya no serían dignas de admiración. Mas cuando sucede que nuestro espíritu fluctúa por alguna duda que nos trae la tentación en punto de la creencia que debemos tener; tal vez es necesario para confirmarse, traer a la memoria las cosas que el uso y la experiencia le han dado a conocer, aunque no las pudiera descubrir por la razón: para que se confirme con el ejemplo de un efecto semejante a aquella fe que empezó a balancear de algún modo por la grande confianza que habíamos puesto en nuestro espíritu y razón. (San Gregorio el Grande, lib. 5, c. 14, p. 180, sent. 20, Tric. T. 9, p. 236.)”

“Se arrojan los malos pensamientos y vienen los buenos, imitando la conducta del Centurión para con los soldados y sus siervos. Decía al uno que se ausentase, y se ausentaba: al otro, que viniese y venía. Otro modo de arrojarlos es manifestarlos en la confesión. (San Anselmo, Novo Supplem., Tract. Ascet., sent. 55, Tric., T. 9, p. 357 y 358.)”

“Así como se dice: Si no creyéreis no entenderéis, así también se puede decir justamente: si no deseáis, no amaréis justamente. El entendimiento pues, es el fruto de la fe, y la perfecta caridad lo es del deseo. Entre tanto, el justo vive de fe, y el bienaventurado del entendimiento. Entre tanto, el justo desea ir a Dios, con el ciervo a las fuentes de las aguas: pero el bienaventurado ya está bebiendo con gozo de las fuentes del Salvador, es decir, se está deleitando en la plenitud de la caridad. (S. Bern., Ep. 18, ad Petrum Cardin., sent. 9, adic., Tric. T. 10, p. 348.)”

G

Gracia.— “El cristiano no es obra de la humana persuasión, sino de la grandeza de la gracia. (S. Ignacio, en la Epist. a los Rom., sent. 3, adic., Tric. T. 1, p. 339.)”

“Las gracias celestiales no se parecen a los beneficios de los hombres, pues estas no tienen límites ni términos, y cuando no las detiene obstáculo alguno, corren sus aguas con inundación por todas partes: sólo requieren que nuestro corazón esté sediento y se abra para recibir las, entonces lloverán a proporción de nuestra fe. (S. Cipriano, Carta 1.^a a Donato, sent. 1, Tric. T. 1, p. 295.)”

“Como una mujer conoce que está en cinta cuando advierte que se mueve el niño, del mismo modo un cristiano verdadero siente que ha recibido el Espíritu Santo en el Bautismo, por los movimientos secretos de su corazón, y por la impresión de una alegría interior que experimenta principalmente en los días festivos, en el tiempo de las solemnidades y en la recepción del sagrado cuerpo y sangre de Jesucristo. (S. Atanasio, ad antioch. Principent., sent. 10, Tric. T. 2, p. 173.)”

“El Espíritu Santo sopla en donde le place, cuando quiere y cuanto quiere. (S. Gregorio Nacian., Orat, 44, sent. 53, Tric. T. 3, p. 361.)”

“Para inclinarse al mal, no necesita el hombre de asistencia alguna: porque el pecado por sí mismo, impele nuestra voluntad: mas para volverse a Dios, tiene la voluntad necesidad de los divinos auxilios. (S. Greg. de Nisa, Orat. 4, sent. 10, Tric. T. 4, p. 114.)”

“La razón puede moderar la concupiscencia, mas no quitarla del todo, no es el espíritu dueño de las pasiones, sino gobernador que tiene el freno, y es moralmente imposible que un hombre inclinado naturalmente a la ira no sienta movimientos de este vicio; mas ¿puede moderarlos y reprimirlos según lo que dice el Profeta: “Irascimini, et nolite peccare”. Permite lo que es propio en la naturaleza, y prohíbe

lo que ya es pecado. (S. Ambrosio de Jacob., et vit., beata, lib. 1, sent. 19, Tric. T. 4, p. 316.)”

Para que los Santos no atribuyesen a sí mismos y a su propia virtud el bien que había hecho en ellos la divina gracia, ha permitido Dios algunas veces que caigan en alguna falta, para que reconozcan por su propia experiencia, que necesitan de la asistencia divina, y se vean precisados a pedir que los gobierne para llegar a la salvación. Por otra parte vemos que un San Pablo se gloria en sus flaquezas, porque sabía que muchos Santos que confiaban en la excelencia de su virtud habían caído sin volver en sí. (S. Ambrosio, Apolog. David, c. 2, sent. 29, Tric. T. 4, p. 319.)”

“Nosotros, Señor, cuanto mayores han sido nuestros pecados, más grandes bienes espirituales hemos recibido; porque vuestra gracia nos ha hecho más felices que nuestra inocencia. (S. Ambrosio, in Psalm., 37, sent. 49, Tric. T. 3, p. 323.)”

“Señor, vivifícadme según vuestra misericordia. Necesitamos de una continua misericordia de Dios, para que nuestra alma, mientras permanece en este cuerpo mortal, reciba continua vida, y para que el justo pueda todos los días vivir para Dios y morir, por consiguiente, al pecado. (S. Ambrosio, in Psalm. 118, sent. 63, Tric. T. 4, p. 325.)”

“El santo rey David nos hizo ver en su persona que ninguno debe confiar en su propia virtud: porque todos tenemos a la frente un enemigo muy poderoso, al que no podemos resistir, si no nos sostiene la gracia de Dios. (S. Ambrosio, lib. 3, in c. 5, sent. 78, Tric. T. 4, p. 329.)”

“No hay bueno sino lo que es verdaderamente honesto: y solamente se halla la felicidad en el que está exento de pecado, lleno de inocencia y sujeto en todo a la gracia y amistad de Dios. (S. Ambrosio, lib. 2, c. 3, sent. 130, Tric. T. 4, p. 340.)”

“Somos incapaces de caminar por nosotros mismos por la recta senda de la vida, de recibir la palabra de Dios, y abrirnos la entrada al reino de los cielos, el que desde el tiempo de Juan Bautista se gana con violencia: si antes del último de nuestros días no nos descargamos de todas las cosas que ocupan nuestra afición y cuidado, o si estas nos detienen en el camino de este mundo, y después no combatimos esfuerzos de nuestras buenas obras y santos deseos de llegar a Jesucristo y estar tan estrechamente unidos a su amor, que jamás nos separemos, así como Jacob abrazaba al Ángel, hasta que como por fuerza le hayamos arrancado la divina bendición. (S. Paulino, Ep. 24, ad Sever., sent. 2, Tric. T. 5, p. 329.)”

“Convertir al hombre es obra de Dios, porque El sólo puede restablecer lo que hizo. (S. Paulino, Ep. 38, ad Apr., sent. 18, Tric. T. 5, p. 332.)”

“Cuando el Espíritu Santo bajó sobre los Apóstoles, se oyó un ruido de un viento violentísimo y apareció en lenguas de fuego: si ahora no vemos las mismas señales, recibimos, no obstante, las mismas gracias, figuradas en estas señales. (S. Juan Crisóst., Homl. 11, c. 3, sent. 40, Tric. T. 6, p. 307.)”

“No sólo tenemos necesidad del auxilio de Dios en los peligros que exceden a nuestras fuerzas, sino también en aquellos que nos parecen que no son mayores y que podremos resistir con el valor y constancia que debemos. (S. Juan Crisóst., serm. 62, in Paralyt., sent. 237, Tric. T. 6, p. 348.)”

“Cuando véis alguna acción honesta y útil que excede las leyes y fuerzas de la naturaleza, debéis inferir que ha sido hecho con la virtud y la asistencia de Dios. Ahora, pues, no hay duda que unos simples pescadores, oficiales de tienda de campaña, los publicanos, los ignorantes, los idiotas, fueron los que vencieron a los oradores, a los sabios y filósofos, y aun los vencieron en poquísimo tiempo entre una infinidad de peligros, a pesar de la resistencia de los reyes y pueblos, de la oposición de la naturaleza, de la larga posesión, de la antigüedad, de la fuerza, de la costumbre y la violencia de los demonios, que todo lo movieron por oponerse. (S. Juan Crisóst., Homl. 3, sent. 301, Tric. T. 6, p. 363.)”

“Dios distribuye la recompensa, no a proporción del buen éxito de nuestras empresas buenas, sino según el espíritu y la intención con que obramos en ellas. (San Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 302, Tric. *ibid.*, p. 364.)”

“Así como necesitamos continuamente de la respiración, así también tenemos necesidad del auxilio de Dios; pero si queremos, fácilmente le podremos atraer. (San Juan Crisóst., Homl. 2, c. 1, Matth., sent. 3, adic., Tric. T. 6, p. 451.)”

“Aunque tan pobres y necesitados, llegad como el mendigo a la puerta de vuestro Dios; llamad con instancia y no dudéis que os abrirán. (S. Agust., Psalm. 39, sent. 56, Tric. T. 7, p. 459.)”

“Yo os he criado una vez, y ahora os crío de nuevo: yo os he formado y os reformo: yo os he hecho y os vuelvo a hacer: si no fuisteis poderosos para haceros, ¿cómo lo habéis de ser para reformaros? (S. Agustín, Psalm. 45, sent. 62, Tric. T. 7, p. 460.)”

“Cuando erais aún impíos o pecadores os buscó el Señor para redimirnos: ¿cómo después de haberos rescatado os había de abandonar para perderos? (S. Agust., Salm. 66, sent. 106, Tric. T. 7, p. 464.)”

“Nunca toméis consejo del hombre sin considerar principalmente al que ilumina al hombre. (S. Agust., Salm. 75, sent. 121, Tric. T. 7, p. 466.)”

“El agua de la gracia entra en el valle de la humildad y no puede detenerse en la altura de la vanagloria. (S. Agust., Salm. 77, sent. 122, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Señor, considerad en mí vuestra obra, y no la mía, porque si miráis a lo que yo he hecho, sin duda me condenaréis, pero mirando vuestra obra me salvaréis. (S. Agust., Salm. 134, sent. 162, Tric. T. 7, p. 469.)”

“¿De qué me sirvo yo sin ti, sino de guía para el precipicio? (S. Agust. Conf., lib. 4, c. 1, sent. 3, *adic.* Tric. T. 7, p. 480.)”

“Cuando Jesucristo está en nosotros, duerme, digámoslo así, la cruel ley de la carne que está en nuestros miembros, y despierta y se aviva la piedad y amor de Dios; amortigua las pasiones borrando las faltas en que hemos incurrido, y sanándonos como a enfermos. (S. Cirilo Alejand., Comment. in Joan., p. 365, sent. 9, Tric. T. 8, p. 99.)”

“Por más que el alma atienda a dirigir las acciones exteriores, entre los mismos cuidados y medidas que toma para sustentar y refrenar su carne, siempre tiene muy cerca la tentación. ¿Quién habrá que de tal modo se guarde del deleite y del dolor del cuerpo, que no llegue el alma a resentirse de lo que exteriormente lisonjea o atormenta? Así el gozo como la tristeza son inseparables, todo en el hombre se enciende con la ira y se disipa con el contento, y todo lo envenena la melancolía. ¿Quién podrá huir del pecado cuando una misma pasión afecta al alma que ruje y al cuerpo que es gobernado? Con razón, dijo el Señor: El espíritu está pronto, pero la carne está enferma. Mas para que no caigamos por desesperación en la torpe desidia, nos promete Dios lo que es imposible al hombre, atendiendo a la flaqueza propia, será posible con la virtud divina. No hay duda que es angosto y estrecho el camino que guía a la vida, y ninguno daría un paso ni pondría los pies en él, si el mismo Jesucristo, haciéndose camino, no abriese la difícil entrada; de tal suerte, que el Autor del camino es la posibilidad del que le anda; porque el mismo Señor que nos introduce al trabajo, nos lleva al descanso. En Aquel que es nuestra esperanza de la vida eterna, está el modelo de nuestra paciencia: y si padecemos

con El, reinaremos en su compañía: porque como dijo el Apóstol: El que dice que vive en Cristo, debe andar como El anduvo. De lo contrario, sólo tenemos la apariencia de una falsa profesión, siempre que no seguimos los preceptos de aquel Señor de cuyo nombre nos gloriamos. Sus preceptos no serían penosos, antes nos librarían de todos los peligros, si solamente amásemos lo que nos manda amar. (S. León, Papa, Serm. 90, c. 1, p. 351, sent. 69, Tric. T. 8, p. 400.)”

“Es verdad, como se explica la Escritura, que Dios hace que de algún modo escuchen nuestros oídos el soplo de su ruido sordo, cuando secretamente se introduce en los oídos de nuestra inteligencia por infinitos modos. Porque algunas veces toca nuestros corazones con un sentimiento de amor, y otras con un movimiento de temor: algunas veces representándonos la nada de los bienes presentes, eleva nuestros deseos al amor de los eternos, y otras dándonos a sentir con anticipación el gusto de los bienes eternos, nos inspira el desprecio de todo lo temporal. Algunas veces también nos descubre nuestras mismas miserias y nos excita a compadecernos de las ajenas. (S. Greg. el Grande. –lib. 5, c. 29, p. 161–, sent. 10, Tric. T. 9, p. 233.)”

“Es preciso notar con todo cuidado estas palabras de la Escritura: Vos visitáis al hombre desde la mañana, e inmediatamente le probáis. Porque así como Dios perfecciona nuestro corazón cuando se acerca a El, así también cuando se aleja le deja expuesto a las tentaciones. A la verdad, si después de haber recibido de Dios muchas gracias y virtudes no se padeciera tentación alguna, habría riesgo de gloriarse de estos favores, como si por sí mismo los hubiera merecido; para que cuando Dios nos da estos divinos dones, reconozcamos nuestra miseria y nuestro poco poder. Inmediatamente que la gracia nos ha elevado a las cosas celestiales visitándonos, se retira, al parecer, para que con una favorable experiencia conozcamos lo que somos por nosotros mismos. (S. Greg. el Grande, –lib. 8, c. 19, p. 265–, sent. 36, Tric. T. 9, p. 242.)”

“Implorad en todas vuestras acciones el auxilio de Dios; atribuidlo todo a la gracia y a la liberalidad de Dios, y nada a vuestros propios méritos; evitad la presunción y no contéis con vuestra frágil virtud. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporahum, sent. 25, Tric. T. 9, p. 345.)”

“No hay cosa tan dura que no ceda a otra que todavía sea más fuerte. (S. Bernardo, 4, de Com., sent. 4, Tric. T. 10, p. 322.)”

“El que corre sin la luz de la discreción, tropieza. (S. Bern., Serm. de Circumc., sent. 58, Tric. T. 10, p. 325.)”

“La privación de la gracia es argumento de la soberbia. (S. Bern., Serm. 54, in Cant., sent. 66, Tric. T. 10, p. 326.)”

“Siempre es agradable al hombre la luz; pero más al que sale de las tinieblas. (S. Bern., Serm. 68, in Cant., sent. 70, Tric. T. 10, p. 326.)”

“El día aclara lo que la noche oculta. (S. Bern., Serm. 75, in Cant., sent. 72, Tric. T. 10, p. 326.)”

“Con mucho descanso nada aquél a quien le sostienen la cabeza. (Serm. 42, in Cant., n. 8, sent. 89, Tric. T. 10, p. 327.)”

“¡Oh Señor, que iluminas mi lámpara con la que veo, y me horro-
rizan mis tinieblas! Dios mío, ilumina a mis propias tinieblas, para
que vea y me alegre de que la caridad esté en mi ordenada, sabiendo y
amando lo que merece mi amor; y cuánto, y para qué se ha de amar,
no queriendo que me amen, sino en ti, y en cuanto debo ser amado.
(S. Bern., -Ep. 85, ad Will. Abbat. S. Theodor.-, sent. 16, Tric. T. 10,
p. 350.)”

H

Herejes.—“Los herejes se abstienen de la Eucaristía y de la oración por no confesar que la Eucaristía es la carne del Salvador, nuestro Señor Jesucristo, que padeció por nuestros pecados, la que el Padre suscitó con su benignidad. (S. Ignacio, cart. ad Smyrn., sent. 8, Tric. t. 1, p. 341.)”

“Solemos prescribir contra los herejes, para decirlo en pocas palabras, porque son posteriores a nosotros; pues cuanto la regla de la verdad es anterior, y ya pronunció que había de haber herejías, tanto todas las doctrinas posteriores, sean las que fueren, serán juzgadas por herejías, por ser de las que estaba anunciado en la regla más antigua de la verdad, que habían de venir. (Tertuliano, lib. advers., Hermógenem, sent. 22, adic. Tric. T. 1, p. 366.)”

“La herejía es asunto de la humana temeridad, y no puesto de la divina autoridad: cuando viene, siempre quiere enmendar los evangelios. (Tertuliano, lib. 4, cont. Marc., c. 4, sent. 29, adic. Tric. T. 1, p. 368.)”

“Las herejías o cismas no nacen de otro principio que el no obedecer a los príncipes de la Iglesia, y reconocer que son los supremos jueces de la tierra, y Vicarios de Jesucristo. Si todos los obedecieran, como el Señor lo tiene mandado, nadie se opondría a las resoluciones del congreso de los Obispos, y después del juicio del mismo Dios, y los votos del pueblo fiel, no tendría valor para constituirse juez, no tanto de un Obispo, como de Dios, a no ser que le arrebaten tan temerarios y sacrílegos pensamientos, que entienda que los Obispos no se hacen por orden de Dios. (S. Cipriano, carta 55 a Cornelio, sent. 5, Tric. T. 1, p. 296.)”

“¿Qué es lo que se debe pensar de todo lo que no viene de la tradición de nuestros padres, sino que ha sido inventado de poco acá?

Lo que dice el Apóstol en estas palabras: En los últimos tiempos vendrán unas gentes, que alejándose de la verdadera fe, se llegarán a los espíritus del error. (S. Atanasio, sent. 15, Tric. T. 2, p. 175.)”

“No quiero que ninguno, —sea el que fuere— sufra con paciencia y sin defenderse, que le sospechen de herejía, porque no suceda que el disimulo y silencio pasen por consentimiento en el espíritu de los que no conocen su inocencia. (S. Jerón., ad Pammach., sent. 17, Tric. T. 5, p. 247.)”

“Yo no miro con adversión al hereje, sino a la herejía: al error es al que aborrezco y no al hombre que yerra, supuesto que procuro sacarle de su error. No declaro yo la guerra a la criatura, que es obra de Dios, sino que trabajo por sanar un alma que el demonio ha corrompido. (S. Juan Crisóst., Homl. 78, de 5 Phoc., sent. 35, Tric. T. 6, p. 306 y 307.)”

“¡Oh locura de los herejes! ¿Creéis conmigo lo que no véis y negáis lo mismo que véis? Creéis como yo en Jesucristo, elevado sobre los cielos, siendo una cosa que no vemos, y negáis que sea glorificado en su Iglesia por todo el mundo, siendo una cosa que todos vemos. (S. Agust., Salm. 54, sent. 80, Tric. T. 7, p. 462.)”

“Nos debemos abstener de los manjares, pero mucho más debemos ayunar de los errores: el espíritu que no se entrega a las sensualidades de la carne, no debe ser cautivo de la mentira. así como en los tiempos anteriores, tampoco en nuestros días faltan enemigos de la verdad que se atreven a mover guerras civiles entre los hijos de la Iglesia Católica, y que induciendo a los ignorantes a consentir en sus impíos dogmas, se glorían de aumentar sus compañeros con los miembros que separaron del cuerpo de Jesucristo. (Serm. 51, c. 2, sent. 73, Tric. T. 8, p. 401 y 402.)”

“Con palabras de padre y con solicitud de hermano, os amonesto que no tengáis sociedad en cuanto a su confesión con los enemigos de la fe católica, contrarios de la Iglesia, con los que niegan la Encarnación del Señor y repugnan al símbolo instituido por los santos Apóstoles. (S. León, Papa, Serm. 96, cont. Eutich., sent. 78, Tric. T. 8, p. 403.)”

“A los herejes no se les cojerá con las armas, sino con los argumentos. (S. Bern., Serm. 64, in Cant., sent. 69, Tric. T. 10, p. 326.)”

Humildad.— “Uno de los sentimientos de la humildad es no observar los defectos de los otros, no juzgarlos, pensar sólo en las faltas que cometemos y tenernos por dignos de las eternas penas. (S. Atanasio, Quaest. 90, sent. 13, Tric. T. 2, p. 174.)”

“La humildad debe de ir acompañada con la constancia y fortaleza, y en la misma condescendencia que debemos observar con los hombres, es necesario conservar una santa libertad de hijos de Dios, que no permita asustarnos con las amenazas de los grandes de la tierra, ni ceder a la voluntad de los malos, ni condescender por cobardía a las cosas injustas que tal vez nos pueden pedir los príncipes, no lisonjeando los vicios de los otros, por una flaqueza que llegue a herir nuestra conciencia. (S. Hilario, in Psalm. 14, sent. 25, Tric. T. 2, p. 263 y 264.)”

“La gloria de los cristianos es la humildad del corazón, la pobreza espiritual, la obediencia, la penitencia, la penitencia acompañada con lágrimas, la mansedumbre y la paz. (S. Afren., de Amor Paup., sent. 6, Tric. T. 3, p. 78.)”

“Cuando sentís que las presentes gracias que Dios os hace os causan algún movimiento de soberbia, traed a la memoria vuestros pecados, y se os pasará esta hinchazón del corazón. (S. Basilio, Homl. de humil., sent. 20, Tric. T. 3, p. 194.)”

“El consejo que se recibe de un amigo es una cosa sagrada, es una señal de unión de voluntades, es fruto de la amistad y señal de humildad; como al contrario, es un orgullo insoportable prevenir que no se necesita consejo, o imaginarse que está en nuestra cabeza la resolución de todas las cosas que debemos hacer. (S. Basilio, Isai. Prof., c. 2, sent. 31, Tric. T. 3, p. 196.)”

“Cuando Dios hubo criado todas las especies de bestias, todavía no descansó; su descanso se verificó cuando había hecho al hombre a su imagen y semejanza; mas oye en donde dice en otra parte que gusta de descansar: en aquel, dice que es humilde y pacífico, y que atiende con temor y respeto a sus palabras. Sed, pues, humildes y pacíficos para que Dios descance en vuestro corazón. (S. Ambrosio, lib. 6, c. 8, n. 48, sent. 6, Tric. T. 4, p. 313 y 314.)”

“Considerad bien el consejo de Dios. No quiso escoger para la publicación del Evangelio a los sabios, a los ricos, ni a los nobles, sino a los simples pescadores y publicanos, para que no se creyese que los fieles habían sido persuadidos con la ciencia, ganados con las riquezas, o atraídos del poder y autoridad; y para manifestar a toda la tierra, que tan grandes progresos no se debían a los razonamientos de la elocuencia, sino a la fuerza de la verdad. (S. Ambrosio, lib. 5, c. 6, sent. 84, Tric. T. 4, p. 330.)”

“Los pecadores humildes entran con más facilidad por la estrecha

puerta que lleva a la vida —la que tantos buscan y pocos hallan—, que los justos que son soberbios. (S. Paulino, Ep. 29, ad Sever., sent. 9, Tric. T. 5, p. 331.)”

“Todas las oraciones, ayunos, obras de misericordia, la castidad, y por último, las virtudes todas, perecerán algún día y se destruirán si no van fundadas sobre la humildad; porque así como la soberbia es la fuente de todos los vicios, la humildad es el manantial de todas las virtudes. (S. Juan Crisóst., Homil. 15, sent. 43, Tric. T. 6, p. 308.)”

“Hace Jesucristo de las Bienaventuranzas, como una cadena divina, y la primera, es como un escalón para subir a la segunda; porque la humildad del corazón va sin repugnancia a llorar sus pecados. El que llora sus pecados, será como por un efecto necesario, benigno, justo y misericordioso. El que esté lleno de benignidad, justicia y misericordia, tendrá puro el corazón. El que tenga puro el corazón, será sin duda pacífico; y el que posea todas estas virtudes, no temerá los peligros, ni se turbará con cuantas calamidades carguen sobre él. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 44, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“No hay absolutamente virtud, si la humildad no la acompaña. El que hubiere sentado este fundamento, podrá levantar a la altura que quiera el edificio de la piedad. (S. Juan Crisóst., Homil. 35, in Genes., sent. 103, Tric. T. 6, p. 318.)”

“¿En quién pondré yo mis ojos, sino en aquel que es humilde? En toda la Escritura se ve, que la humildad sirve de alas a la oración: porque Dios está muy cerca de los corazones contritos y humillados. (S. Juan Crisóstomo, in Psalm. 9, sent. 126, Tric. T. 6, p. 323.)”

“El fundamento de la filosofía cristiana, es la humildad. Levantad cuanto queráis un edificio espiritual, todo compuesto de limosnas, oraciones, ayunos y de todas las demás virtudes, si no habéis primero sentado el fundamento de la humildad, todo será inútil, y el edificio edificado sobre arena movediza, presto se arruinará. No hay obra buena que no necesite el apoyo de esta virtud: ninguna sin ella puede subsistir. Alabadme cuanto queráis la continencia, la virginidad, el desprecio de las riquezas y las demás virtudes: sin la humildad todo esto es impuro, profano y abominable en la presencia de Dios. (S. Juan Crisóst., sent. 211, Tric. T. 6, p. 342.)”

“Dios no ama tanto a los hombres porque guardan la castidad, practican el ayuno, desprecian las riquezas y gustan de hacer limosna, como por la mansedumbre, humildad y arreglo de costumbres. (S. Juan Crisóst., sent. 219, Tric. T. 6, p. 344.)”

“Si nos faltara la humildad, aun cuando practicáramos todas las virtudes, seríamos semejantes al que hubiera edificado una casa sobre arena movediza. Cuando yo digo humildad, no hablo de la que sólo consiste en las palabras y la lengua, sino de la que está en el espíritu, en el corazón, en la conciencia, cuya sinceridad sólo Dios puede conocer. (S. Juan Crisóst., sent. 221, Tric. T. 6, p. 344.)”

“Un hombre afable, no solamente es manso y humilde para sí mismo, sino también agradable y útil para los otros; pero el hombre colérico, es malo para sí y pernicioso para los demás: porque no hay cosa más desagradable, penosa y molesta para todo el mundo, que una persona fácil a la ira; por el contrario, nada agrada tanto como un hombre que jamás se enoja. (San Juan Crisóst., Homl. 6, c. 2, sent. 264, Tric. T. 6, p. 355.)”

“No hay cosa que pueda compararse con la virtud de la humildad, ésta es la madre, la raíz, el ama que da el pecho, el apoyo y lazo de todos los bienes. Sin ella no seríamos más que unos hombres impuros, abominables y malvados. (S. Juan Crisóst., Homl. 30, c. 14, sent. 274, Tric. T. 6, p. 357.)”

“Dice S. Pablo, que debemos portarnos con toda humildad; fue decirnos, que no nos hemos de contentar con manifestarla en las palabras y acciones, sino también en nuestros sentidos, ademanes y aun hasta en el tono de la voz: no hemos de ser humildes con unos y arrogantes con otros, sino humildes con todos, con los amigos y con los enemigos, con los grandes y con los pequeños: la verdadera humildad es lo que nos inclina a abatirnos en las mayores acciones. (S. Juan Crisóst., Homl. 9, c. 6, ad Ephes., sent. 339, Tric. T. 6, p. 374.)”

“Hay mucha diferencia entre la bajeza y la humildad, porque la bajeza nos inclina muchas veces a condescendencias y lisonjas indignas. (S. Juan Crisóst., Homl. 5, ad Philip., sent. 351, Tric. T. 6, p. 377.)”

“Ninguno consigue la salud sin la humildad; pues si alguno ayunare, si orare, si diese a los pobres su hacienda: estas cosas y otras semejantes no son útiles sin la humildad; por el contrario, cuando esta virtud las sazona, todas se llenan de gracia. (S. Juan Crisóst., Homl. 32, sent. 5, adic. Tric. T. 6, p. 452.)”

“Cuando mi alma se turba, no tiene otro remedio que la humildad para no presumir de sus fuerzas: se confunde y abate esperando que la levante Dios: nada bueno se atribuye a sí mismo el que quiera recibir de Dios lo que necesita. (S. Agust., Psalm. 39, sent. 57, Tric. T. 7, p. 459.)”

“Siempre seremos grandes en la presencia de Dios, si permanecemos pequeños y humillados delante de sus ojos. (S. Agust., Salm. 62, sent. 96, Tric. T. 7, p. 463.)”

“Para darnos un ejemplo de humildad y paciencia, y para borrar con su sangre la obligación de nuestros pecados, quiso Jesucristo padecer la muerte, y al mismo tiempo nos enseñó a no temer la temporal, sino la eterna, de la cual nos libró el Señor, con lo que El sufrió temporalmente. (S. Agust., Salm. 67, sent. 108, Tric. T. 7, p. 464.)”

“Vuestra prudencia sea siempre sin orgullo, y vuestra humildad esté siempre acompañada de prudencia. (S. Agust., Salm. 112, sent. 153, Tric. T. 7, p. 468.)”

“No dice el Señor: Aprended de mí a fabricar el mundo, o a resucitar los muertos, sino que soy manso y humilde de corazón... ¿Tan grande cosa es, oh Señor, el ser humilde y pequeño, que si vos que sois tan grande no lo hubierais practicado, no se pudiera aprender? (S. Agust., de Sanct. Virg., c. 35, sent. 29, adic. Tric. T. 7, p. 487.)”

“Sed humildes y fundados en la humildad, humillaos, haceos pequeños, muy pequeños, los menores y los últimos de todos: no os miréis con preferencia a nadie, ni penséis que sois superiores a ninguno, sea el que fuere: mirad a todos los demás como que os exceden en mucho, y pensad que sois los más viles y despreciables; poneos debajo de los pies de todos, aun cuando verdaderamente fueseis los mayores y los más dignos de la honra; tened un corazón manso y humilde y colochos en la clase más baja, porque cuanto más humildes hubiereis sido y más pequeños a vuestros propios ojos, tanto más elevados os veréis en la gloria. (S. Anselmo, Exhort. ad contempt. temporalium, sent. 8, Tric. T. 9, p. 340.)”

“Sed a vuestros ojos viles y despreciables; contentaos con que os menosprecien: sed para vosotros un objeto fastidioso y despreciado. El que en un principio se abate, es grande en la presencia de Dios, y el que seriamente se tiene por despreciable, ya ha hallado el verdadero secreto de agradar a los ojos del Supremo Monarca: sed pequeños en vuestra consideración para ser grandes a los ojos de aquel Juez incorruptible, que es el único que decide del verdadero mérito sin poder engañarse. Cuando los hombres hagan menos caso de vosotros, tanto más os estimará Aquél que da el verdadero precio a las cosas. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum. tempor., sent. 10, Tric. T. 9, p. 341.)”

“No es cosa grande ser humilde entre los desprecios, pero es rara virtud una humildad entre las honras. (S. Bernardo, Homl. 4, sup. Miss., sent. 10, Tric. T. 10, p. 322.)”

“Que no se desvanezca el que está colocado en alto, es difícil. (S. Bern., Trac. de Offic. Ep., c. 17, sent. 40, Tric. T. 10, p. 324.)”

“Para conservar la humildad, suele ordenar la piedad divina, que el que más aprovecha piense que adelanta menos. (S. Bern., Serm. 75, sent. 157, Tric. T. 10, p. 331.)”

“Gloriosa es la humildad, pues la misma soberbia se cubre de ella con su capa para verse honrada. (S. Bern., Trac. de Grad. hum., n. 6, sent. 160, Tric. T. 10, p. 331.)”

“La humillación es el camino para la humildad, así como la paciencia lo es para la paz, y la lectura para la ciencia. Si deseas la virtud de la humildad, no huyas del camino de la humillación: porque si no puedes ser humillado, no podrás ser ensalzado a la humildad. (S. Bern., Epist. 87, ad Oger. Canon. Reg., sent. 18, adic. Tric. T. 10, p. 351.)”

Huída del pecado.— “El que muere halla en la muerte el reposo y la libertad de sus miserias; pero el que huye de la persecución, como siempre está en el susto y continuo temor de encontrarse con sus enemigos, halla que la fuga es más penosa y molesta que la misma muerte: por lo cual, los que mueren en la fuga, no mueren sin gloria, antes bien, merecen la corona del martirio. (S. Atanasio, sent. 18, Tric. T. 2, p. 175.)”

“Los bienaventurados Padres que nos han precedido, no cedieron al temor en las persecuciones, antes bien, mostraron en ella la fuerza de su valor, observando en estas ocasiones una prudente conducta, ocultándose al principio en lugares escondidos en donde tenían mucho que sufrir; pero se manifestaban después cuando llegaba el tiempo de padecer la muerte, teniendo igualmente cuidado de no evitar por cobardía el tiempo de morir, y de no prevenir el término prescrito por la divina Providencia, temiendo que si se exponían con temeridad, podrían hacerse ellos mismos reos y causa de su muerte. (S. Atanasio, sent. 19, Tric. T. 2, p. 175 y 176.)”

“La fuga de los Santos ha sido en muchas ocasiones muy útil a los pueblos fieles. Por esta razón se ocultaron varias veces, para reservarse como prudentes y sabios médicos para el tiempo en que podrían ser más útiles a los enfermos. (S. Atanasio, sent. 20, Tric. T. 2, p. 176.)”

“Si alguna vez hubo Santos que se presentaron a los tiranos du-

rante la persecución, no debemos atribuir este movimiento a temeridad, sino creer lo que ellos mismos decían, que el Espíritu Santo los impedía a descubrirse y a ofrecerse voluntariamente al martirio. (S. Atanasio, sent. 21, Tric. T. 2, p. 176.)”

“Las cadenas y muertes son desconocidas en nuestra Iglesia. Jamás entregó Atanasio a ninguno a los verdugos, y en cuanto ha estado de su parte, nunca ha llenado las cárceles de delincuentes para que les den la muerte. Nuestros santuarios siempre han estado puros e inocentes, en ningún tiempo se ha teñido con otra sangre que la de Jesucristo que los ha santificado: jamás han servido para otros usos que para el culto debido a este Salvador. (S. Atanasio, sent. 22, Tric. T. 2, p. 176.)”

“Se debe huir la persecución, pues ninguno hace bien en esperar a que otros pequen, persiguiéndole injustamente. (S. Ambrosio, c. 12, sent. 100, Tric. T. 4, p. 333.)”

“Huir de la persecución, no es culpa del que huye, sino del que le persigue. (S. Bern. Ep. 1, sent. 14, Tric. T. 10, p. 323.)”

“Tertuliano después que cayó en los errores de los montanistas, quienes daban en el exceso del rigorismo de la moral, escribió de intento un tratado para probar que no es lícito huir para librarse de la persecución, ni redimirse con dinero. Claro está que sus pruebas no pueden ser sólidas, y que en esta ocasión, siguió el ardor de un genio, que propendía siempre a los extremos. Contradice expresamente a Jesucristo, que dijo a sus Apóstoles: Si os persiguieren en una ciudad, huíd a otra. (S. Matth., c. 10, v. 32, Bergier., T. 4, p. 648.)”

“San Clemente de Alejandría dice lo contrario: que el que no huye de la persecución, y se expone a ella con temeraria osadía, o va por su gusto a presentarse a los jueces, se hace cómplice del crimen que comete el que le condena: que si trata de irritarle, es causa de los males que sucedan, como si se hubiese acercado a hacer halagos a un animal feroz. (Strom., lib. 4, c. 10, Bergier., *ibid.*, p. 469.)”

“Pero puede haber aún razones legítimas para los pastores para que huyan. A ellos buscaban principalmente los perseguidores, y si desaparecían, muchas veces dejaban en paz a los simples fieles. Así, San Policarpo, a solicitud de sus ovejas, se ocultó algún tiempo a las pesquisas de sus perseguidores, lo cual vemos en las actas de su martirio. S. Gregorio Taumaturgo se retiró al desierto durante la persecución de Decio, para continuar consolando y alentando a su rebaño: esto no fue motivo para que le acusasen y reprendiesen los demás

Obispos: antes bien, todos ellos elogiaron su conducta. Lo mismo hicieron S. Cipriano, S. Atanasio y otros. (Bergier., *ibid.*, *ibid.*)”

“Una de las precauciones que mandan los autores ascéticos y directores de las conciencias a sus penitentes, es el huir de las ocasiones que les fueron funestas, los lugares, las personas, los objetos y los placeres a que tuvieron un afecto desarreglado. Esto no es puro consejo, sino un deber indispensable, sin el cual un pecador no puede lisonjearse de estar convertido. El corazón no está desasido del pecado cuando aún conserva las causas de sus recaídas: y aunque no esté absolutamente en su mano el no conservar hacia ellos su propensión, por lo menos es dueño de sí mismo para no buscarlas y alejarse de ellas. Un cristiano que tiene experiencia de su propia debilidad debe temer hasta el menor peligro: las cosas que para otros pueden ser inocentes, para él pueden no serlo. El Ecco., c. 3, v. 27, nos advierte que el que ama el peligro perece en él. Jesucristo nos manda sacar el ojo y cortar la mano que nos escandaliza, es decir, que nos induce al pecado. (S. Matth., c. 5, v. 29, Bergier., *ibid.*, p. 648.)”

I

Idolatría.— “Dad, dice el Señor, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios: esto es, dad la imagen del César que está en la moneda, al César; pero la imagen de Dios que está en el hombre, dadla a Dios, para que de este modo se entregue el dinero al César, pero a ti mismo a tu Dios. (Tertuliano, lib. de Idolatría, c. 15, sent. 16, adic. Tric. T. 1, p. 363.)”

“El presumido teme menos, se cautela menos, y peligra más. El temor es el fundamento de la salud. La presunción es impedimento del temor... Temiendo nos guardaremos, y quedándonos nos salvaremos. El que obra como si estuviera seguro, no está solícito y cuidadoso, no posee una seguridad firme y sin riesgo: el que vive cuidadoso, es el que puede estar seguro. (Tertuliano, ídem, ídem, sent. 17, Tric. T. 1, p. 363.)”

“Las abejas tienen un solo rey; los ganados un pastor. ¿Con cuánta mayor razón deberá tener el universo un solo Dueño que todas las cosas hizo por su palabra, que las gobierna con su sabiduría y las conserva con su poder? A este Señor nadie le puede ver ni tocar, porque es superior a los sentidos; ninguno le puede comprender, porque excede infinitamente al entendimiento, y nunca mejor le comprendemos, que cuando le reconocemos incomprensible. ¿Qué templo se pudiera edificar para Aquel que tiene por templo el universo? Es necesario, pues, fabricarle un templo en nuestra alma, y consagrarle un altar en nuestro corazón: no preguntéis por su nombre: su nombre es Dios. Se ponen nombres a las cosas, por razón de distinguir unas de otras, y esto es preciso por su multitud: pero no habiendo más que un Dios, no se necesita otro nombre para distinguirlo. (S. Cipriano, lib. de la falsedad de los ídolos, sent. 28, Tric. T. 1, p. 303.)”

“No me digáis que vosotros no adoráis algún ídolo de oro; pero manifestadme en vuestro modo de vivir, que no hacéis lo que el oro

quiere que ejecutéis; porque hay muchas especies de idolatría. Unos se hacen ídolo del dinero, otros se hacen un Dios de su vientre, y otros se hacen un Dios de otros deseos más perniciosos. Demos que no les sacrificuéis terneros, como los Paganos, pero les hacéis un sacrificio mucho más abominable, porque les ofrecéis por víctimas vuestras mismas almas. No dobláis la rodilla para adorarlos, pero os rendís todavía con mayor sumisión a cuanto os pide la avaricia, la sensualidad y todos los demás deseos desordenados que os dominan con tiranía, no siendo menos execrables que los paganos que divinizaron las pasiones de los hombres, llamando Venus a la impureza, Baco a la embriaguez, y lo mismo ejecutaron con los demás vicios. (S. Juan Crisóst., Homl. 5, sent. 286, Tric. T. 6, p. 359 y 360.)”

“La carne, dice San Bernardo, es el instrumento o más bien la cuerda con que Satanás sujeta y ata al voluptuoso. (Serm. 39, Barbier., T. 1, p. 484) El demonio se burla de él, le hace adelantar, retroceder, le lleva a donde quiere, al través de esquinas, malezas, tinieblas, y por senderos penosos y rodeados de precipicios. Le hace caer y volver a caer, le precipita en el hábito y este hábito se convierte en necesidad, dice San Agustín: “Dum consuetudini non resistitur, facta est necessitas.” (Barbier., *ibid.*, *ibid.*)”

Iglesia. (Notas de la).— “Habiendo tantas pruebas de verdadera la fe, no debemos buscar la verdad fuera de la Iglesia; en esta la encontraremos fácilmente. Los Apóstoles dejaron a la Iglesia como un inestimable tesoro todo cuando pertenece a la verdad; en ella podemos todos beber el agua de la vida eterna. (S. Ireneo, sent. 3, Tric. T. 1, p. 86.)”

“En todas partes predica la Iglesia la verdad: esta es la lumbrera que lleva la luz de Cristo; aquellos, pues, que desamparan la predicación de la Iglesia, arguyen de impericia a los santos Presbíteros, no considerando cuánta más estimación merece un idiota con religión, que un sofista blasfemo y descarado. (S. Ireneo, sent. 4, Tric. T. 1, p. 345.)”

“Así como en un camino real se descubren varias sendas, y muchas van a rematar en un precipicio, pero el prudente pasajero prosigue su viaje siguiendo el camino y despreciando las sendas; del mismo modo, aunque se levanten varias doctrinas en la Iglesia, no debemos abandonar la verdad, antes bien, examinarla con mayor cuidado, hasta adquirir el más perfecto conocimiento. (S. Clemente, sent. 21, lib. 7, Tric. T. 1, p. 126.)”

“La antiquísima y muy verdadera Iglesia nos hace ver con toda claridad, que las otras que son menores y más nuevas, y formadas en tiempos diferentes, son adulterinas y heréticas: yo tengo por cosa cierta que sólo hay una verdadera Iglesia, que es la más antigua, en la que han vivido los clérigos del Señor; porque siendo uno nuestro Dios y Señor, por la unidad merece ser recomendable y digno de veneración; pues la unidad es imagen del primer principio de todas las cosas; por esto nosotros atribuimos la unidad a la verdadera Iglesia, que los herejes se han esforzado en dividir en muchas. (S. Clemente, sent. 22, lib. 7, Tric. T. 1, p. 127.)”

“Aunque se separe la soberbia y contumaz multitud de los que no quieren oír, no por eso la Iglesia se aparta de Jesucristo: la plebe unidad con el Sacerdote, y el rebaño con su pastor, estos son la Iglesia. Por lo que deben saber que cada Iglesia particular está con el Obispo, y el Obispo en la Iglesia; y el que no estuviese con el Obispo, no está en la Iglesia. (S. Cipriano, Epist. 69, ad Floren., sent. 7, Tric. T. 1, p. 380.)”

“Una es mi Paloma. ¿Piensa que mantiene la fe el que no tiene esta unidad de la Iglesia? ¿Vive acaso en la confianza de que está en la Iglesia el que resiste a la Iglesia, y el que desampara la Cátedra de San Pedro, sobre la cual está fundada la Iglesia? (S. Cipriano, *ibid.*, sent. 15, adic., Tric. T. 1, p. 383.)”

“Si pudo alguno libertarse fuera del Arca de Noé, entonces se librará el que esté fuera de la Iglesia... Este sacramento o misterio de unidad se manifiesta cuando la túnica de Nuestro Señor Jesucristo, ni del todo se divide, ni se rasga, sino que echando suertes sobre quién la había de llevar, se queda la vestidura entera, y se posee esta túnica incorrupta y sin división. (S. Cipriano, *ibid.*, sent. 16, Tric. T. 1, p. 383.)”

“No hay pueblo que esté más obligado a Dios que nosotros, pues a nosotros ha dado las mayores cosas. Dió su palabra y su ley a los judíos, pero a los cristianos les dió el fruto de la fecundidad de una Virgen santa, nos dió aquel Emmanuel, aquel Dios con nosotros; nos dió la cruz, la muerte y la resurrección de su Hijo, y aunque es verdad que Jesucristo padeció por todos los hombres, también lo es que padeció particularmente por nosotros, quiero decir, por su Iglesia. (S. Ambrosio, lib. 5, in c. 6, sent. 85, Tric. T. 4, p. 330.)”

“La Iglesia es una nave, que aunque experimente este siglo como un trabajoso golfo, jamás se estrella contra los escollos, ni se hunde. (S. Ambrosio, De Salom., c. 4, sent. 38, adic. Tric. T. 4, p. 405.)”

“Hay un camino real que es la Iglesia de Dios, esta es la senda de la verdad. Cada una de las herejías abandona este camino real, y declinando a la diestra o a la siniestra, se deja arrastrar al error, y no conoce límites en el descaro del error que forma cada herejía. Ahora, pues, siervos de Dios, hijos de la santa Iglesia, que no conocéis la regla segura de la fe, y camináis por la senda de la verdad, no os dejéis arrastrar por oír voces opuestas, por las voces que da cada una de las falsas sectas; porque sus caminos son resbaladizos, y las sendas de su espíritu engañoso, escarpadas y llenas de precipicios. Afectan un lenguaje sublime, y no conocen el más sencillito de todos. Prometen la libertad y son esclavos del pecado. Se glorían de haber llegado a lo mejor y no han alcanzado todavía lo menor de la verdad. (S. Epifanio: Adv. Haer. 1. 2, Haeres. 39 y 59, sent. 1, Tric. T. 5, p. 63.)”

“La Iglesia es el puerto tranquilo de la paz, es un lugar de delicias que esparce suaves fragancias de la viña que nos produce el racimo de bendiciones, y nos da cada día una bebida que mitiga nuestras penas, ofreciéndonos la sangre pura y verdadera de Jesucristo. (S. Epifanio Anaceph. T. 1. 3, sent. 2, Tric. T. 5, p. 64.)”

“Suspira la Iglesia viendo en su seno llenas de riquezas a unas gentes que antes eran tan pobres en el mundo. (S. Jerón., Ep. ad Nepot. 52, sent. 6, Tric. T. 5, p. 240.)”

“Sobre Pedro sólo edifica su Iglesia; y aunque a todos los Apóstoles dió su potestad, y dijo: Como me envió el Padre a mí, así os envió yo a vosotros. Con todo eso, para manifestar la unidad, constituyó una sola Cátedra, y con su autoridad dispuso que el origen de la misma unidad empezase por uno. (S. Cipriano, de Unit. Eccles. Catholicae, sent. 14, adic. Tric. T. 1, p. 383.)”

“La Iglesia está fundada sobre Pedro. En otros lugares de la Escritura se dice también que está fundada sobre todos los otros Apóstoles: todos reciben las llaves del cielo, y sobre ellos igualmente se asegura la solidez de la Iglesia. No obstante, uno solo es escogido entre los doce, para que siendo establecido por cabeza, no pueda haber ocasión de cismas. (S. Jerón., adver. Jovin., lib. 1, sent. 37, Tric. T. 5, p. 245.)”

—*Persecuciones.*— “La Iglesia Santa sabe creer con las tribulaciones y hacer una vida digna de la horna y de la gloria entre los oprobios. La Iglesia nos ha enseñado a no abatirnos en la adversidad y a no ensoberbecernos en la prosperidad, a humillarnos profundamente en el tiempo favorable y a sostenernos en el adverso con la esperanza

de llegar algún día a la soberana elevación; nos ha enseñado a atribuir todos los bienes a la misericordia de nuestro Redentor, y todos los males a la justicia de aquel justísimo Juez, porque sabe que todo su bien proviene de su liberalidad y que sin su permisión no padece mal alguno. (S. Jerón., in La m. Jerem., lib. 2, sent. 69, Tric. T. 5, p. 250.)”

“Vosotros me despreciáis en mis necesidades. Muchas veces parece que Dios desprecia y desampara a su Iglesia en el tiempo que tiene más necesidad de su socorro; mas no la asiste al punto que la ve en su tribulación, con el fin de ejercitarla como le place; porque sabe que cuanto más dilata sus auxilios, más motivo da a su Iglesia para inflamarse en el deseo de verse socorrida. (S. Jerón., in Psalm. 9, sent. 102, Tric. T. 5, p. 356 y 357.)”

“Nada hay que sea tan poderoso y fuerte como la Iglesia. Cesad, pues, hombres, de hacerla la guerra, porque vuestros esfuerzos sólo sirven para debilitaros: no os toméis con el cielo. Si combatís con un hombre podréis ser vencido, mas también le podréis vencer; pero contra la Iglesia nunca conseguiréis la victoria, por grande que sea vuestro artificio y esfuerzos. La Iglesia es más fuerte que el cielo: porque el Señor dijo: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Y ¿qué palabras son sino éstas? Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Para la Iglesia, formó Dios el cielo, y no hizo la Iglesia por razón del cielo: —este debe entenderse de este cielo visible—. (S. Juan Crisóst., Homl. ante exilium., n. 1, sent. 186, Tric. T. 6, p. 336.)”

“Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Debemos dar crédito a lo porvenir, por lo que hemos visto ya de lo pasado: porque si al principio se componía la Iglesia de tan pocos, que parecía obra de una nueva secta, y una doctrina reciente y mal fundada, y la perseguían tantas oposiciones y guerras, y con todo eso no tuvieron fuerza para detener sus progresos ni para destruirla: ¿quién será capaz de conseguirlo al presente, cuando ya está extendida por todos los países y naciones y ha llegado a ocupar toda la tierra? (S. Juan Crisóst., lib. quod Christus sit Deus, n. 11, sent. 231, Tric. T. 6, p. 346.)”

“Ninguno destruirá lo que Jesucristo ha edificado, y ninguno edificará lo que El ha destruido. Edificó la Iglesia, y ninguno la podrá arruinar; destruyó el templo, y ninguno lo podrá levantar de nuevo. Los Judíos han hecho esfuerzos para destruir la Iglesia y nunca lo han podido conseguir: los han hecho para reedificar su templo, y nunca

han llegado a poner por obra sus intenciones. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 232, *Tric. T. 6*, p. 347.)”

“Yo os digo y os protesto, que causar división en la Iglesia, no es menor mal que caer en la herejía. (S. Juan Crisóst., *Homl. 11*, sent. 341, *Tric. T. 6*, p. 375.)”

“Dice San Pablo: Si padece un miembro, padecen también todos los otros. Tres condiciones pide aquí el Apóstol a los miembros de la Iglesia: la primera, es que no se separen unos de otros, sino que estén recíprocamente unidos; la segunda, que los unos tengan cuidado de los otros; la tercera, que consideren cuanto sucede a los otros miembros, como que es una cosa común. (S. Juan Crisóstomo, *Homl. 31*, c. 12, sent. 315, *Tric. T. 6*, p. 367.)”

“¡Abuso deplorable y loca pretensión de nuestros días! Se cree que Dios necesita de la protección de los hombres o de las potestades de la tierra para la defensa de su Iglesia. Obispos que así pensáis, yo os pregunto: ¿De qué apoyo se sirvieron los Apóstoles para predicar el Evangelio? ¿Qué potestades fueron las que le ayudaron a predicar a Jesucristo, y a convertir casi todas las naciones del mundo, reduciéndolas del culto de los ídolos al del verdadero Dios? ¿Llamaban a algún Oficial de la Corte cuando cantaban las alabanzas de Dios en la cárcel, y entre grillos, después de haberlos azotado por Jesucristo? ¿Formaba San Pablo la Iglesia del Señor con edictos de los Emperadores, cuando le sacaban al teatro por espectáculo? Yo pienso que se sostuvo sin la protección de Nerón, de Vespasiano o de Decio, cuyo horror al cristianismo dió realces a la doctrina celestial. Cuando se sustentaban con el trabajo de sus manos, se juntaban con secreto en las casas particulares, recorrían las aldeas, las ciudades y los diferentes países de la tierra, a pesar de las órdenes del Senado y los edictos de los Príncipes: ¿cómo creeré yo que entonces no tenían las llaves del reino de los cielos? Todo lo contrario, y nunca el poder de Dios resplandeció más que en estas circunstancias; jamás fue anunciado Jesucristo con más fortaleza, que cuando pretendieron impedir la predicación del Evangelio. (S. Hilario, *Cont. Auxent.*, n. 3, sent. 21, *Tric. T. 2*, p. 262.)”

—*Respeto.*— “En la iglesia no es permitido conversar con los parientes, ni aun con un amigo que no se haya visto en mucho tiempo. Eso es bueno para fuera de la iglesia; pero no es la iglesia mercado o lugar público, para que se trate en ella de las cosas del mundo. Es el retiro de los Angeles, el palacio de Dios, y el mismo cielo. Y como si

os abrieran el cielo y entrárais en él, aunque viérais en el a vuestro padre, tendríais tan grande respeto a tan santo lugar, que no hablaríais la menor palabra. Del mismo modo no debéis en la iglesia abrir la boca sino para palabras espirituales, supuesto que también está el cielo en nuestras iglesias. Si lo dudáis poned los ojos en esa sagrada mesa, y considerad para lo que sirve: representaos al que ha de bajar aquí; reverenciad y admirad de antemano un aparato tan augusto. ¿No es verdad que cuando se ve un trono de un rey, aun antes que se siente, se conmueve el espíritu con cierto respeto, esperando su venida? (S. Juan Crisóst., Homl. 36, c. 14, sent. 318, Tric. T. 6, p. 368.)”

“Muchos hay tan tibios y tan disipados, que durante el oficio de la Iglesia, se divierten en conversar, y esta es la causa de todos sus desórdenes, porque en el tiempo en que nos debíamos aplicar más a reconciliarnos con Dios, no hacemos otra cosa que encender más contra nosotros la indignación divina. (S. Juan Crisóst., Homl. 1, ad Corint., sent. 327, Tric. T. 6, p. 371.)”

“Veo en la iglesia algunos que ríen y juegan durante la oración, y otros que están divertidos en el mismo tiempo en que el Sacerdote da la bendición al pueblo. ¡Habría descaro semejante! ¿Qué salvación podréis esperar? ¿Qué camino os queda para aplacar la justa indignación de Dios? Si se dispone un baile, hay quien cuida de que cada uno baile por su orden, que todas las cosas vayan arregladas para que no haya confusión. No obstante, ¡aquí en donde estamos en compañía de Angeles cantando las divinas alabanzas con estos espíritus celestiales, estáis hablando y riendo! No habría que admirar que cayese un rayo del cielo, no solamente sobre estos impíos, sino también sobre nosotros; porque este castigo merece acciones semejantes. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 24, c. 11, sent. 271, Tric. T. 6, p. 356.)”

“Cuando salimos de la iglesia, no nos divertamos al instante en hablar, perdiendo el tiempo en vanas conversaciones, o en otras ocupaciones inútiles; antes bien, mientras nos dura la memoria fresca de las instrucciones que acabamos de recibir, vaya cada uno a su casa y haga reflexiones con su mujer y con sus hijos de todo lo que ha oído predicar en la concurrencia de los fieles. (S. Juan Crisóst., Serm. 6, de Martyrib., n. 3, sent. 244, Tric. T. 6, p. 350.)”

“En todas las iglesias del Oriente se encienden luces cuando van a leer el Evangelio, aunque el sol esté resplandeciente, no para ahuyentar las tinieblas, sino en señal de alegría. (S. Jerón., adv. vigil., sent. 7, adic. Tric. T. 5, p. 353 y 354.)”

“¿No es milagro digno de admiración? El Señor fue puesto en la cruz, los siervos se vieron cargados de cadenas, y con todo eso se extiende todos los días la predicación de su Evangelio y crece la Iglesia por los mismos medios que parece debieran extinguirla. (S. Juan Crisóst., Homl. 16, sent. 14, Tric. T. 6, p. 302.)”

“Si siempre permanecéis los mismos, os privaré la entrada en la Iglesia, y la participación de los sagrados misterios: más vale ofrecer a Dios nuestras oraciones con dos o tres que guarden sus mandamientos, que congregar un tropel de personas pervertidas que se destruyen unas a otras. (S. Juan Crisóst., Homl. 17, sent. 45, Tric. T. 6, p. 308.)”

“En otro tiempo eran iglesias las casas particulares, y el día de hoy las iglesias no son más que si fueran casas particulares. Entonces no hablaban los cristianos en sus casas sino de las cosas del cielo, y ahora sucede muchas veces que hablan en las iglesias de las cosas de la tierra solamente. (S. Juan Crisóst., Homl. 33, in c. 9, Matth., sent. 56, Tric. T. 6, p. 310.)”

“Entremos en el templo con mucha circunspección y modestia, no sea que en vez de hallar el perdón de nuestros pecados, no hagamos otra cosa que cometer otros nuevos. (S. Juan Crisóst., in Isaíam., vidi Domin., sent. 156, Tric. T. 6, p. 329.)”

“No llevemos a la Iglesia los cuidados del mundo; dejémoslos a la puerta, porque el entrar en el templo es como entrar en el Reino de los cielos. Todo cuanto hay dentro de este santo lugar debe inspirar un grande silencio, y los misterios que allí se celebran deben ser secretos y tratados con reverencia. Llevad a la iglesia mucha atención, y considerad que cuando os leen o explican las Escrituras, es como si os abrieran las puertas del cielo. (S. Juan Crisóst., Homl. 2, in Isaíam., sent. 157, Tric. T. 6, p. 330.)”

“Las mujeres deben procurar tanto el silencio, que no sólo se abstengan de hablar de las cosas del mundo en la iglesia, sino aun de las espirituales. (S. Juan Crisóst., Homl. 9, ad Timot., sent. 367, Tric. T. 6, p. 380.)”

“Si alguno frecuenta de asiento las tiendas donde se venden fragantes unguentos, aunque no quiera, va contrayendo aquellos olores: mucho más se verifica esto en los que frecuentan la iglesia. Aunque te veas con innumerables vicios, no dejes de concurrir a la iglesia. ¿De qué me servirá si no practico lo que oigo? No conseguirás poco si llegas a comprender tu miseria. No es inútil este miedo; si suspiras al ver que no haces lo que oyes, no dudes que alguna vez empezarás a